

EL APICULTOR DE BONAPARTE

www.elboomeran.com

José Luis de Juan
El apicultor
de Bonaparte

editorial  minúscula
BARCELONA

© 2017 José Luis de Juan Clar

© 2017 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2017

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © 2017 José Luis de Juan Clar

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-946754-3-0
Depósito legal: B-22.373-2017

Printed in Spain

A mi padre

Las abejas del manto imperial son tan misteriosas para mí como lo debieron de ser para el polvoriento Childerico y para Napoleón mismo, tan perfectamente difíciles de entender como los enigmas de Salomón o las parábolas del Evangelio. Solo nos queda esperar, con la certeza de que algún día sabremos lo que significaron en el destino del gran Emperador y en el de nuestro viejo mundo, que no cesa de sumirse en las tinieblas desde que él desapareció.

Léon Bloy

En la historia de N sucede como con el Apocalipsis de San Juan: todos sentimos que debería haber algo más, pero no sabemos el qué.

Goethe

Querido Andrea:

Bonaparte abdicó ayer en Fontainebleau. Entre la espada y la pared, dicen que aún pretendía aferrarse a sus veinte mil soldados, descartados otros tantos que pretendía hacer venir de Italia, y marchar sobre París al encuentro de una debacle segura. Los generales le han hecho ver la realidad de los números, sobre todo MacDonald: medio millón de hombres en contra.

Pero lo que ahora importa es que ha aceptado Elba a cambio de todo lo demás, excepto el título de emperador (¡emperador de Elba!), que se le consiente seguir utilizando. Llegará a la isla antes que esta carta que te envió con Vittorini, que parte hoy mismo hacia Livorno, a lo sumo en una semana.

¡Quién lo iba a decir! Tras tantos años dedicados a seguir sus pasos con devoción, ahora lo vamos

a tener al alcance de la mano. Es decir, tú y el resto de nuestros compañeros, pues yo estoy algo lejos ahora. No creo que Bonaparte aguante mucho en Elba. Pocos creen que la ambición del corso de servir al mundo se haya extinguido. ¡Cómo va a aceptar la derrota definitiva un hombre de cuarenta y cuatro años que ha mantenido en jaque a Europa durante más de una década! Se trata de una retirada táctica. No le quedaba otra alternativa. Y Elba, como puedes imaginarte, era la solución menos mala para él de las que se barajaban.

Según Duvadier, se habló de Santa Elena y América del Norte, de alejarlo para siempre del escenario de sus victorias, de su patria sin límites.

Es cierto que en tu isla puede ser vigilado de una manera estrecha: quién le visita, cómo se le informa, cuáles son sus movimientos en la isla. Pero si jugamos nuestras piezas con acierto, puede estar en unas pocas horas en Italia capitaneando una insurrección, o desembarcar en los puertos de Niza o Cannes en una fulgurante singladura. Su estancia en Elba no va a ser larga, estoy seguro. Hemos de actuar con prudencia pero con presteza.

Confío verte en Pisa el mes que viene. Para entonces sin duda tendrás la información que necesitamos para trazar un plan factible.

Anselmo

P.D. No olvides traerme tu miel de espliego, los catarros me están matando.

La bruma que suele cubrir el perfil de Monte Argentario se ha disipado. La línea del continente aparece nítida, recortada por un fino cordón blanco. Castiglione es una pequeña mancha blanca que encierra el recuerdo de Castiglione.

Es domingo. Bonaparte combate el calor de agosto trabajando. De pie, volcado sobre el mapa de una isla, traza líneas a mano alzada entre compases, reglas y lápices. Aquí y allá escribe notas en letra prieta, inclinada a la derecha. Ayer decidió inspeccionar a conciencia los panales de la isla, empezando por la finca apícola más grande. Así se lo comunicó a Méneval, pero lo tenía decidido con semanas de antelación. Sabe que solo la actividad frenética, la estrategia más depurada contra el despliegue del tedio pueden mantenerlo con vida en Elba.

Ni un solo día se ha permitido lamer las insidiosas heridas del orgullo. Podría haberse demorado en las afrentas que sus enemigos le han infligido. Podría haber dedicado jornadas enteras a clasificar el odio, a organizar la venganza. ¿No se vio obligado a disfrazarse de mayoral y compartir el pescante con el cochero para evitar ser lapidado por el populacho en un cruce de caminos de Provenza? ¿No le forzaron a trocar el gobierno de un continente y medio por el de una pequeña ínsula varada frente a las costas de Toscana?

Si pretenden que, arrojado del naufragio de su imperio, se pudra en las playas de Elba, no les va a dar tal satisfacción. No es un Robinsón en una isla desierta, paralizado ante unas huellas humanas en el lodo. Y al mismo tiempo, aborda su soledad en la isla con el mismo talante calculador y práctico que Crusoe, como si el resto de su vida fuese a pasarlo allí. Siente incluso deseos de mezclarse con sus habitantes.

Por la tarde no juega a las cartas con las damas. La situación exacta de las colmenas en el mapa lo mantiene ocupado gran parte del día. Fingién-

dose indispuerto rehúye la obligada animación de I Mulini. Esa corte de balneario le empieza a resultar en el bochorno de agosto más grotesca que de costumbre. Toma una cena ligera, como siempre, bebe dos copas de un vino cenizo del país y, tras despachar varios asuntos domésticos con meticulosa impaciencia, se retira a sus aposentos.

Los últimos rayos del crepúsculo entran por la ventana de la antecámara. Suda por la frente. La brisa se ha detenido. El emperador mira el mar, que ahora se encrespa en dirección a Córcega.

Un criado se anuncia por una puerta lateral que se disimula en la pared tapizada de seda índigo. Le ayuda a quitarse las botas, a desabotonar su levita verde. Bonaparte le entrega el bruñido espadín y va a refrescarse la cara con agua en un lavabo de cerámica. Secándose, en camisa, se vuelve entonces al escritorio inglés donde esperan tres libros nuevos que llegaron ayer, así como una pila de legajos, cartas, memorándums. Apartando los volúmenes alinea todo lo demás con gesto enérgico, y lo arroja al fondo de un cajón. Se sienta, tomando el primer libro, *Vie des abeilles africaines*, de Gaston de Fresnais.

Recorre el prolijo índice hasta detenerse en el capítulo séptimo:

«Matanza de los zánganos — Reorganización de la colmena — Régimen de las princesas — Parto de la reina — Sucesión de la reina — Vuelta al trabajo.»

Busca la página 137. Lee durante una hora sin cambiar de postura ni alzar la vista.

El zumbido de los mosquitos anuncia la oscuridad. Rodean al emperador, trazan círculos y líneas en la habitación pero no le tocan. No les debe de gustar su sangre, nunca le han picado los mosquitos. Tampoco las abejas.

Sale la luna llena.

Bonaparte piensa en las noches de Ajaccio. No en una noche concreta de Ajaccio, sino en la luz cécica y los sonidos de la madrugada. Piensa que todas sus noches —las de París, las palaciegas de Milán, Viena y Berlín, y también las numerosas noches de batalla, cuando fabricaba a golpe de insomnio la victoria— se reducen a cualquiera de sus noches corsas, a esas premoniciones agazapadas en las

sombras. Y estos días de verano en Elba, ¿acaso no tienen algo del misterio de aquellas tórridas jornadas de su infancia, cuando todos dormían la siesta, o pretendían hacerlo fornicando en los pajares, y él se apostaba tras los macizos de mirto, embriagado por las rosas y las margaritas y la genciana, a la espera de que las abejas dejaran por unos segundos de zumbar y se cebaran de néctar, momento que él aprovechaba para atraparlas con su red de tul y meterlas en vasijas de cristal, donde morían aturdidas de saber que nunca volverían a la colmena?

Los días de Ajaccio y las noches de Ajaccio. Pero todo lo demás sucedió también. No, él, Bonaparte, no va a entregarse a la locura a que algunos piensan haberlo condenado. La diosa Fortuna todavía le reserva buenas cartas. Se imagina a sí mismo como una abeja que se desprende del tul y desaparece al sol como si jamás hubiera sido atrapada.

Echa mano del segundo libro, *Manuel de l'Apiculteur à la Campagne*. Acaba de salir de la imprenta de Dechambres, aún huele a tinta. Hermosos grabados. Un sorprendente interior de la colmena con todos sus detalles, en corte longitudinal. Cómo

lo habrán hecho. Y esas nuevas mascarillas de alambre de cobre, tan prácticas y seguras.

No le satisface la disposición de los panales —casitas de madera como relojes de cuco sin adornos— en un plano piramidal progresivo, correspondiéndole a cada nueva hilera un panel extra, como ilustra el grabado 35 (*La disposition pyramidale*). Prefiere el diseño tradicional en semicírculo, pues en su opinión economiza tiempo y espacio, permitiendo al apicultor desplazarse en el sentido de las agujas del reloj recogiendo los cuadros de miel cristalizada, y no en incómodo zigzag, exponiéndose a tirar así los panales al suelo.

Se demora en las últimas páginas, que resumen recientes investigaciones sobre el sentido de orientación de las abejas. Un naturalista de Ruán trasladó un enjambre de una finca a otra, distante tres leguas, que contaba asimismo con cientos de panales. Cuarenta y ocho horas después de liberarlas en la segunda finca, comprobó que al menos un setenta por ciento de las obreras, pintadas de carmín para ser identificadas, habían regresado a su colmena de procedencia. Y cargadas hasta los topes de

polen, ya que no pudieron dejar de ceder al reclamo de los campos floridos que encontraban a su paso.

En fin, un buen manual del criador de abejas al que volverá más adelante.

Bonaparte bosteza. El tercer libro —*Bees in the Ancient World. Roman Epigrams about bees*— permanece sin abrir en su pequeño escritorio inglés.